



DICHOSA TÚ, QUE HAS CREÍDO

María es la gran creyente. La primera seguidora de Jesús. La mujer que sabe meditar en su corazón los hechos y las palabras de su Hijo. La profetisa que canta al Dios, salvador de los pobres, anunciado por él. La madre fiel que permanece junto a su Hijo perseguido, condenado y ejecutado en la cruz. Testigo de Cristo resucitado, que acoge junto a los discípulos al Espíritu que acompañará siempre a la Iglesia de Jesús.

María comienza proclamando la grandeza de Dios: «*mi espíritu se alegra en Dios, mi salvador, porque ha mirado la humillación de su esclava*». María es feliz porque Dios ha puesto su mirada en su pequeñez. Así es Dios con los sencillos. María lo canta con el mismo gozo con que bendice Jesús al Padre, porque se oculta a «*sabios y entendidos*» y se revela a «*los sencillos*». La fe de María en el Dios de los pequeños nos hace sintonizar con Jesús.

María proclama al Dios «*Poderoso*» porque «*su misericordia llega a sus fieles de generación en generación*». Dios pone su poder al servicio de la compasión. Su misericordia acompaña a todas las generaciones. Lo mismo predica Jesús: Dios es misericordioso con todos. Por eso dice a sus discípulos de todos los tiempos: «*sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso*». Desde su corazón de madre, María capta como nadie la ternura de Dios Padre y Madre, y nos introduce en el núcleo del mensaje de Jesús: Dios es amor compasivo.

María proclama también al Dios de los pobres porque «*derriba del trono a los poderosos*» y los deja sin poder para seguir oprimiendo; por el contrario, «*enaltece a los humildes*» para que recobren su dignidad. A los ricos les reclama lo robado a los pobres y «*los despide vacíos*»; por el contrario, a los hambrientos «*los colma de bienes*» para que disfruten de una vida más humana. Lo mismo gritaba Jesús: «*los últimos serán los primeros*». María nos lleva a acoger la Buena Noticia de Jesús: Dios es de los pobres.

María nos enseña como nadie a seguir a Jesús, anunciando al Dios de la compasión, trabajando por un mundo más fraternal y confiando en el Padre de los pequeños.



Lecturas: Ap. 11, 19a; 12, 1.3-6a. 10ab/Pablo. 15, 20-27a

Lc. 1,39-56

En aquellos días, María se puso en camino y fue aprisa a la montaña, a un pueblo de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. En cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel del Espíritu Santo y dijo a voz en grito: —«¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Dicha tú, que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá». María dijo: —«Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humillación de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí: su nombre es santo, y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación. Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despidé vacíos. Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia —como lo había prometido a nuestros padres— en favor de Abrahán y su descendencia por siempre». María se quedó con Isabel unos tres meses y después volvió a su casa.

Palabra del Señor

LECTIO DIVINA

Ambientación. La tradición cristiana ha visto con cierta frecuencia que la visitación de María a su prima Isabel era fruto de haber acogido en su seno la Palabra encarnada que la movía a ayudar, a servir, atendiendo a su prima.

Nos preguntamos. ¿Cabe otra mirada a esta escena? María se ha encontrado embarazada fuera del matrimonio. Y ella sabía que la pena legal por ese estado era la lapidación, además del deshonor de su familia. Y, probablemente, su fe desfallecía ante semejante situación. No es arbitraria la hipótesis de que María fuera a casa de su prima a quitarse de en medio para que su familia no quedase señalada y ella pudiera clarificarse.

Nos dejamos iluminar. ¿Cómo sabe Isabel la situación de María? El evangelio no nos lo dice. Pero ella, que ha sido agraciada en su vejez con el don de un hijo, recuperando así su dignidad de madre, puede confortar y confirmar la fe desfallecida de María: «Dicha tú, que has creído; porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá».

Seguimos a Jesucristo hoy. La respuesta de María, conocida como Magnificat, es la constatación de la vida de todo creyente: reconocimiento de la grandeza de Dios porque se ha fijado en nuestra pequeñez y humillación; realización de proezas al estilo de Dios: derriba del trono a los poderosos, enaltece a los humildes; dispersa a los soberbios y a los hambrientos los colma de bienes, despidiendo vacíos a los ricos... ¿Nos lo creemos? Literalmente es así, pero nos cuesta creerlo porque queremos respuestas rápidas. Pidamos a Dios fe para ver las maravillas Suyas que no siempre coinciden con las del mundo.